

de 1718, que Cerdeña pasase al duque de Saboya, lo que se realizará en el verano de 1720. Esta cesión a los Saboya no pone punto final a la influencia española en Cerdeña, por lo menos en lo que concierne a la herencia cultural. El Setecientos sardo se caracteriza por un esfuerzo titánico del gobierno saboyano para restringir la herencia histórica de España. El proceso de asimilación al Piamonte no es nada fácil ni sencillo, demostrando así que la correspondencia con la sociedad hispánica no tocaba solamente el nivel superficial de las instituciones sino que estaba radicada en lo más profundo de la cultura de los sardos.

LOS ÚLTIMOS VIRREYES DE LA CORONA DE ARAGÓN

Pere Molas

Universitat de Barcelona

Resumen: Los historiadores contemporáneos de la Guerra de Sucesión nos han dejado una galería de retratos de los últimos virreyes de Felipe V en los distintos reinos de la Corona de Aragón. Estos responden por una parte a una historiografía clásica que subrayaba la responsabilidad personal de los virreyes en la pérdida de los reinos, a partir de elementos de carácter. Sin embargo, la repetición de los hechos narrados nos presenta también la semejanza de situaciones políticas y sociales a la que se tuvieron que enfrentarse aquellos personajes políticos. La limitación de poder militar y la falta de respaldo social afectó también a los virreyes austracistas, los cuales perdieron el poder con la misma rapidez que sus predecesores borbónicos.

Palabras clave: Virreyes, Guerra de Sucesión, Corona de Aragón.

Abstract: Contemporary historians of the War of Succession have provided us with a gallery of portraits of the last viceroys nominated by Philip V to rule the different kingdoms of the Crown of Aragon. According to those sources, these royal officials were personally responsible for the loss of those territories because of their weakness. However, the repetition of narrated facts reveals the similarity of political and social problems they had to face up to. The limitation of military power and the lack of social support affect also the viceroys nominated by the Archduke Charles, who lost the power so rapidly as their Bourbon predecessors did.

Key words: Viceroys, War of Succession, Crown of Aragon.

LA narrativa historiográfica sobre la guerra de Sucesión en la Corona de Aragón concede una gran importancia a la figura de los últimos virreyes de Felipe V en los distintos territorios. Un momento decisivo para el triunfo de la causa austracista era la pérdida del control político y social por el máximo representante del rey ausente. Los historiadores de la época destacaban el carácter del virrey, como si sus condiciones o defectos personales fueran la causa principal del triunfo de los austracistas. Pero podemos preguntarnos hasta qué punto se trataba de un modelo literario o historiográfico. Los virreyes perdían el reino o por un exceso de dureza o por el contrario por debilidad. Las narraciones se mueven de ordinario entre estas dos posibilidades.

Hoy en día disponemos de reediciones de la historiografía más clásica sobre aquel conflicto. En latín tenemos la obra *De bello rustico valentino* de Miñana. En castellano disponemos para el bando borbónico de los Co-

mentarios del sardo marqués de San Felipe y la *Historia* del conde de Robres, más matizada; y desde los austracistas los *Anales de Cataluña* de Narciso Feliu de la Peña y las *Narraciones históricas* de Francisco de Castellví.¹ A través de estos textos podemos ver cómo se presentaba la pérdida del poder por parte de los virreyes y extraer consideraciones útiles sobre la relación entre relato histórico y realidad.

El caso clásico, por más conocido, es el del virrey de Cataluña, Francisco de Velasco, que fue nombrado para el cargo a principios de 1704. La historiografía clásica y una parte de la moderna atribuyen a su dureza el desarrollo del movimiento austracista en el Principado. Con relación a este personaje el historiador Pedro Voltes trazó un perfil que puede aplicarse a la mayor parte de sus colegas en otros virreinos. Según el citado autor, el virrey “moviose con la torpeza y el recelo de un rancio castellano de la última época austriaca” y continuaba diciendo que “los acontecimientos le desbordaron”.² Este mismo esquema puede aplicarse a la casi totalidad de los virreyes de los reinos de la Corona de Aragón, en España y en Italia. Sólo los de Sicilia pudieron impedir el triunfo de los austracistas y conservar aquel reino en la obediencia de Felipe V hasta que el tratado de Utrecht lo cedió a Víctor Amadeo II de Saboya.

Para completar el cuadro, Velasco ya había ejercido el virreinato de Catalunya con anterioridad con resultados muy negativos. Había sido nombrado en 1696, en la última fase de la guerra con Francia y no había podido impedir que los ejércitos franceses del duque de Vendôme conquistaran la ciudad de Barcelona en 1697. Fue relevado del mando en agosto de 1697 y substituido por el conde de la Corzana, que ocupaba el cargo militar de maestre de campo general.³

El historiador coetáneo Narciso Feliu de la Peña situaba ya en este primer virreinato de Velasco el desencuentro del personaje con los grupos dirigentes catalanes. Con relación a aquella etapa Feliu hacía la consideración de que “por su natural melancólico y altivo” Velasco se oponía “a la

¹ J. M. Miñana, *La Guerra de Sucesión en Valencia*. Edición de Jordi Pérez Durá y J. M. Estellés. Valencia 1985. Vicente Bacallar y Sanna, Marqués de San Felipe, *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V el Animoso*. Estudio introductorio de Carlos Seco Serrano. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid 1957. Agustín López de Mendoza, Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España*. Zaragoza 1882. Hay nueva edición con estudio introductorio de José María Iñurrategui. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid 2006. Narciso Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*. 3 vols. Barcelona 2000. Francisco de Castellví, *Narraciones Históricas*. Fundación Francisco Elías de Tejada. 4 vols. Madrid 1997-2001. Rosa M. Alabrús Iglesias, *Escritos políticos del siglo XVIII. IV. Crónicas de la Guerra de Sucesión*. Eumo editorial. Vic 2006.

² Pedro Voltes Bou, *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria (1705-1714)*. Barcelona 1983, II, p. 11.

³ Josep M. Torras Ribé, *La Guerra de Sucesión i els setges de Barcelona (1697-1714)*. Rafael Dalmau editor. Barcelona 1999, pp. 38-39.

llaneza y afabilidad que pide la nación catalana”. La situación fue peor con el segundo virreinato, cuando Velasco tuvo que hacer frente a la acción de un grupo austracista organizado. En las sátiras en verso Velasco rimaba con asco y con chasco, el chasco que se iba a llevar el virrey en su intento de impedir el triunfo de los austracistas. No faltaban tampoco las alusiones directas al origen ilegítimo del personaje (era hijo natural del condestable de Castilla); el “bord” le llamaban. Y también Velasquillo.⁴

Sin embargo otras fuentes nos ofrecen una imagen más contrastada del virrey Velasco. Castellví coincidía en comentar los “ímpetus ardientes” del genio del virrey y confirmaba que “el país no le amaba, por los hechos de 1697”, pero también nos dice que era hostil a la influencia francesa y amigo del más importante de los austracistas castellanos, el almirante Enriquez. Además parece que en una primera etapa Velasco atendió las quejas formuladas por las instituciones catalanas y cultivó la amistad de la nobleza para consolidar su posición.

La visión negativa del virrey Velasco no la dan solamente los historiadores y los publicistas de la causa austracista. Tenemos también la *Historia* redactada por el conde de Robres, un noble catalano-aragonés, partidario de Felipe V, pero no incondicional de todas sus medidas de gobierno. El conde presenta también a Velasco como un personaje con dotes de gobierno, pero anuladas por su “aspereza”; esta condición se contraponía en sentido negativo a la “blandura” de su predecesor, el conde de Palma.⁵ Tras la toma de posesión de Velasco en enero de 1704 y la retórica inicial de rigor se produjeron incidentes diversos con las instituciones catalanas. El borbónico marqués de San Felipe, por su parte, trazaba un cuadro, que se repite en todas las situaciones similares. El virrey no disponía de fuerzas suficientes y sobre todo le faltaba “la fidelidad del país”. Los soldados de que disponía eran inferiores en números a la milicia urbana de Barcelona, la Coronela. Cuando se produjo un primer ataque de los aliados en 1704, las instituciones del país mostraron una fidelidad por lo menos formal (“todos ofrecieron al virrey no excusar peligro ni gasto a la defensa”), pero se descubrió una conjura en la que estaba implicado el propio veger de la ciudad. Sin embargo la fuerza de los oponentes obligaba al virrey a disimular y no castigar a todos los implicados. “Porque mandaba la necesidad no explicar difidencia cuando no se podía castigar la osadía”. Pero el marqués de San Felipe —como otros historiadores— acumulaba sobre el virrey todo tipo de elementos negativos, aunque pudieran resultar contradictorios. Si por una parte le acusaba de no haber perseguido de manera eficaz a los partida-

⁴ Joaquim Albareda i Salvadó, *Els catalans i Felip V. De la conspiració a la revolta*. Vicens Vives. Barcelona 1993. Rosa Maria Alabrús, *Felip V i l'opinió dels catalans*. Pagés editors. Lleida 2001. Numerosas referencias en ambas obras.

⁵ Robres, p. 190.

rios del archiduque por temor, por otra consideraba que “ensoberbecido con la victoria despreció el interno mal de que la provincia adolecía” y “dejó tomar cuerpo a la traición”. Según este esquema los austracistas “cobraron más brío con la flojedad de Velasco”, mientras que la interpretación de los austracistas insistía más bien en los rigores de la política represiva del virrey como catalizadora de la oposición.⁶ No faltó, sobre todo entre los franceses, quien acusó al virrey de secretas connivencias austracistas, quizás a partir de su antigua amistad con el almirante de Castilla; esta posibilidad fue recogida con una cierta extensión por el conde de Robres, que acostumbraba a estar bien informado de los entresijos de la sociedad política catalana. También Castellví se hizo eco posteriormente de estos rumores, que harían todavía más compleja la personalidad de Velasco.

Con relación al desembarco aliado de agosto de 1705, Bacallar repite su esquema explicativo. El virrey no disponía de lo necesario para la defensa y su capacidad de mando era nula. Todos sus esfuerzos eran en vano, porque pocos eran los fieles a la causa borbónica. La ciudad y la Generalitat se mantuvieron formalmente leales, aunque parte de la nobleza afluyó al campo del Archiduque. Las ejecuciones de austracistas no detuvieron el movimiento. Pronto comenzaron las disensiones del virrey con el Consejo de Ciento, la Generalidad y el Brazo Militar. Velasco rechazó dos intimaciones de rendición que le hicieron los aliados, pero después de un duro y prolongado bombardeo, aceptó capitular el 3 de octubre y firmó las condiciones cuatro días más tarde. Pero no habían terminado sus tribulaciones. El día en que debía salir de la ciudad (14 de octubre) se produjo un motín en el que estuvo a punto de perder la vida. Fue salvado por la entrada de las tropas inglesas. Una vez más la culpa sería del virrey. Los ciudadanos se habrían sublevado por la sospecha de que Velasco quería llevarse a los presos austracistas –unos 200– o que habría mandado matarles antes de su partida.

El virrey de Valencia en 1705 era el marqués de Villagarcía, Antonio Domingo de Mendoza Caamaño y Sotomayor.⁷ Bacallar le presentaba con un criterio positivo desde el punto de vista personal. Era un “hombre ilustre, bueno, maduro y político”. Pero su carrera había sido diplomática, como embajador en Venecia y Génova, y no tenía experiencia militar, por lo que no pudo evitar la extensión de la revuelta austracista, a pesar de las detenciones y destierros de descontentos que llevó a cabo. Otras fuentes lo calificaban de “muy viejo –tenía 67 años– y contemplativo” y de ser “muy

⁶ Bacallar, p. 73.

⁷ Enrique Giménez López, *Gobernar con una misma ley. Sobre la Nueva Planta borbónica en Valencia*. Universidad de Alicante 1999. Los últimos días de la Valencia borbónica en la correspondencia del virrey marqués de Villagarcía. También Sergio Villamarín Gómez, “La política del marqués de Villagarcía durante el primer reinado de Felipe V”, en *Saitabi*, nº 51-52 (2001-2002), pp. 379-400.

político y nada militar. El momento decisivo fue cuando los austracistas encabezados por Basset se acercaron a Valencia en diciembre de 1705 y la población comenzó a agitarse: “empezó a tumultuar el pueblo de la huerta y a titubear el de la ciudad”. Ante la amenaza de ataque por parte de 15.000 hombres había “suma desprevenición de todo”. La administración real se derrumbó prácticamente sin combatir. El 15 de diciembre el propio virrey abandonó el palacio real y se refugió en el del arzobispo, dejando que las autoridades municipales y los diputados del reino negociaran la capitulación. Obtuvo la libertad de retirarse hacia Castilla con los jueces de la Audiencia y otros partidarios de Felipe V que se refugiaron en Castilla.

El marqués de Villagarcía había solicitado el relevo y cuando perdió el cargo, Felipe V había nombrado ya a otro aristócrata, el duque de Arcos, Joaquín Ponce de León, pero este personaje no pudo hacer efectiva su autoridad, ni recuperar la capital del reino. Además, según el conde de Robres era un joven título sin experiencia militar, que pronto entró en conflicto con el general conde de las Torres, el verdadero encargado del mando militar.⁸

El tercer virreinato en caer fue el de Aragón. En este caso la relación de virreyes problemáticos se remontaba a principios del reinado. Cuando Felipe V llegó a Aragón en 1701 ocupaba el cargo un título aragonés, pero de linaje castellano: el marqués de Camarasa y conde de Riela, Baltasar Gómez de los Cobos y Luna. La visión que nos ofrece el conde de Robres de este personaje es doble. Por una parte, nos dice, el marqués había residido como particular muchos años en Aragón, en sus señoríos o en la propia ciudad de Zaragoza, y su “mucha cortesía y familiaridad con los nobles le habían conciliado especial atención y benevolencia universal”. Había ejercido el virreinato durante un breve período en 1692-1693 y había dejado buen recuerdo por su “suma aplicación e integridad en el ejercicio de su puesto”. Esta experiencia positiva habría aconsejado su segundo nombramiento en 1699. Pero a partir de este momento la visión del marqués cambia radicalmente, de forma que “se mudó su aceptabilidad en desprecio general de todos”. Los elementos de la crítica que presenta Robres del cambio en la percepción del personaje son los siguientes. En primer lugar su declarada inclinación a favor de Francia ya en tiempos de Carlos II. En segundo, la advertencia a Felipe V en 1701 de que no efectuara una entrada solemne en Zaragoza para evitar posibles muestras de malestar. Eran unos informes “sangrientos”, que Robres consideraba sin fundamento en las circunstancias de 1701. Durante la celebración de las Cortes, presididas por la reina María Gabriela de Saboya, Camarasa había cesado de manera preceptiva en su virreinato y se había retirado a sus dominios, pero volvió a ser nombrado tras la finalización de las sesiones y la marcha de la reina a Madrid. Este nuevo nombramiento del

⁸ Robres, p. 270. La inexperiencia militar del duque de Arcos también fue comentada por el duque de Saint Simon en sus *Mémoires*. Gallimard, Paris 1983, II, pp. 546-547.

marqués de Camarasa provocó la oposición tanto de los diputados del reino como del municipio de Zaragoza, que presentaron una reclamación legal; también se produjo descontento entre la nobleza.⁹

De todas formas el marqués de Camarasa ya había cesado en su cargo en 1704. Tras un título aragonés, pero de origen castellano, como era Camarasa, se nombró virrey al arzobispo de Zaragoza, que era "castellano de corazón". Se trataba de Antonio Ibáñez de la Riva, que había sido gobernador del Consejo de Castilla en el último decenio del reinado de Carlos II (1690-1692). Además de estos precedentes castellanos, Robres nos dice que el arzobispo se regía por el criterio de Lorenzo Armengual, que primero fue su secretario y luego su obispo auxiliar. Armengual era también un personaje político que fue encargado por el arzobispo virrey de organizar el aprovisionamiento de Lérida. Armengual fue llamado a Madrid y se le nombró gobernador del consejo de hacienda en diciembre de 1705 y es conocido con el título de obispo de Gironda. De nuevo según Robres, el arzobispo Ibáñez de la Riva no tenía la habilidad del marqués de Camarasa y era "de poquísima aplicación para negocios políticos". En cambio una historiadora actual, Concepción de Castro, lo presenta como persona inteligente y eficaz colaborador de la causa felipista.¹⁰

Cuando en 1706 los aliados invadieron Aragón, el virrey era el conde de San Esteban de Gormaz, primogénito del marqués de Villena. Esta vez el juicio del conde de Robres es distinto del que Bacallar aplicaba al marqués de Villagarcía en Valencia. La juventud del conde le hacía "muy a propósito para la guerra", pero en cambio no era la más adecuada "para el gobierno político de una provincia fronteriza en tiempos tan delicados". El virrey tenía como secretario al murciano Melehor Rafael de Macanaz. El Día de los Inocentes de 1705 se produjo en Zaragoza un principio de motín contra las tropas francesas. Con esta ocasión el conde "con no grande cordura prorrumpió en amenazas contra el pueblo". Además él había asegurado al mariscal francés Tessé que las tropas podrían atravesar la ciudad sin problemas. Con todo, el conde de San Esteban de Gormaz no se encontraba presente en el reino cuando se produjo el triunfo austracista ya que había acompañado a Felipe V al sitio de Barcelona.

Ejercía las funciones de gobernador del reino Miguel Franciso de Pueyo, "hombre sabio" según Castellví, el cual también contemporizó por miedo de empeorar la situación, no quiso "irritar a los naturales"; los labradores de la huerta se "conmueven" y se retiró a Tarazona, con el arzobispo y su vicario, cuando el conde de Sástago y el marqués de Cosejuela sublevaron Zaragoza a favor del Archiduque el 29 de junio. Le siguieron "los que

⁹ Robres, pp. 120-121.

¹⁰ Concepción de Castro, *Al servicio de la Corona. José Grimaldo ministro responsable (1705-1726)*. Marcial Pons. Madrid 2006, p. 136.

gozaban los encargos más preeminentes", entre ellos casi todos los jueces de la Audiencia.¹¹ Pueyo era un caballero aragonés que había ocupado cargos importantes en Castilla. Había sido corregidor de Toledo (1684), Málaga (1689), Cádiz y durante algunos meses gobernador del Consejo de Hacienda (diciembre de 1699 a septiembre de 1700).

Pueyo también había sido virrey de Mallorca de 1704 a 1706. Le había sucedido en el cargo el valenciano Baltasar Cristóbal de Eseribá de Híjar y Monsoriu, conde de la Alcudia (un título de 1645). Este era el virrey cuando la flota aliada se presentó ante la isla en septiembre de 1706. Todavía el 17 del mismo mes escribía confiado a Felipe V que no había novedad ni amenaza de desembarco. Según el esquema conocido, el conde de la Alcudia contaba con escasos medios de resistencia. Ante la intimación a entregar la isla respondió con la fórmula de que resistiría hasta la última gota de sangre. Pero ante un tumulto de la población se retiró a un baluarte "confusamente". Una vez allí, actuó con perplejidad, porque no tenía tropas para restablecer el orden. El día 28 firmó las capitulaciones en las que también tomó parte la ciudad. Quedó en libertad de salir libremente con los ministros que quisieran acompañarle. Se embarcó el 6 de octubre con rumbo a Almería. Posteriormente intentó dirigir un movimiento para que la isla volviera a la obediencia de Felipe V.¹²

El nuevo virrey de Mallorca, nombrado por Carlos de Austria era Juan Antonio de Boixadors, conde de Savallà. Era uno de los principales partidarios del Archiduque entre la nobleza titulada de Cataluña, pero su nombramiento obedecía también a sus relaciones familiares con la nobleza mallorquina. Bacallar decía de él que era "hombre de grande autoridad en Mallorca por el ilustre y antiguo mayorazgo de la casa Paes que posee en aquella isla". Castellví lo presentaba como "heredado en aquel reino" y buen conocedor del mismo. El conde de Savallà ejerció su cargo durante un trienio y fue sucedido por el valenciano marqués de Rafal, José de Rosell y Rocamora. Savallà era uno de los austracistas catalanes más importantes y en 1710 se le nombró virrey de Valencia, en un intento de reconquistar el reino, tal como se había hecho con el de Aragón. La tentativa de reconquista austracista fracasó en el sitio de Morella y a fines de año el conde de Savallà, fallido virrey valenciano, tuvo que retirarse fracasado a Cataluña.¹³

La imagen de un virrey que se ve progresivamente abandonado por las

¹¹ Robres, pp. 256-257.

¹² Castellví, II, pp. 213-218. Tomeu Camari, "El conflicto sucesorio en el Reino de Mallorca: del reconocimiento de Felipe V al dominio austracista (1700-1715)", en *La Guerra de Sucesión en España y América*, X Jornadas nacionales de Historia militar. Cátedra General Castañón. Sevilla 2001, pp. 249-262. Josep Juan Vidal, "La Guerra de Successió a la Corona d'Espanya", *Afers*, n.º 52, 2005, pp. 581-604.

¹³ Castellví, III, pp. 83-84. Pere Molas, *L'alta noblesa catalana a l'Edat Moderna*. Eumo editorial. Vic 2004, pp. 86-87.

instituciones y la nobleza regnicola se repite en el caso de Nápoles. Allí ocupaba el virreinato en 1707 el marqués de Villena. Para explicar su fracaso, Bacallar apela a su "genio melancólico y aprensivo". Ante la amenaza de invasión por parte de los ejércitos del emperador, el virrey acudió a la colaboración económica y política de la ciudad de Nápoles, pero no obtuvo resultados concretos. Convocó a la asamblea municipal de los Seggi de la nobleza, los cuales le prometieron fidelidad. Pero una vez más encontramos la imposibilidad de defender el reino, la falta de tropas y de preparación, agravada con la adopción de resoluciones precipitadas. Cuando se dio cuenta de que los napolitanos están esperando al nuevo conquistador, el atribulado virrey no se atreve a destituir a las autoridades sospechosas. Finalmente desmanteló el régimen de los tribunales (Colateral, Sommaria, Vicaria) y abandonó la capital del reino para refugiarse en la plaza de Gaeta (como habían hecho los franceses ante el Gran Capitán doscientos años antes). Le acompañaba entre otros su hijo el conde de San Esteban de Gormaz, también infortunado virrey de Aragón el año anterior. Caída Gaeta, el marqués de Villena fue llevado a Nápoles y mantenido en una "prisión indigna de su sangre y de su mérito", según lamentaban los cronistas.¹⁴

Un año más tarde vivió una situación similar el virrey de Cerdeña, don Pedro Colón de Portugal, marqués de Jamaica. El marqués de San Felipe, que era sardo, presenta al virrey como un hombre sumamente avisado, ingenioso, astuto e inteligente, inclinado a atesorar riquezas. Pero, igual que sus colegas de otros territorios, no podía controlar las actuaciones de la nobleza. Se daba cuenta del doble juego que estaban llevando a cabo el marqués de Villator y su yerno el conde de Montesanto, pero no se atrevía a actuar contra ellos, parte por miedo de provocar una rebelión abierta, parte con la esperanza de mantenerles leales. Se repite una vez más el argumento de que el virrey poco podía hacer, porque no tenía tropas. A sus peticiones de recibir refuerzos, el embajador francés Amelot, verdadero primer ministro de Felipe V, le escribió que las tropas eran necesarias en otras partes y que el rey no le culparía si se perdía el reino. Cuando apareció la escuadra inglesa el 12 de agosto de 1704, el marqués de Jamaica sólo disponía de cuatro compañías de infantería, la mitad de las cuales le abandonaron. No había artilleros. Villator, Montesanto y otros le expusieron que la plaza no podía defenderse. Jamaica no era hombre de guerra y se embarcó con las órdenes que debía dar. Se retiró a un baluarte con pocos hombres y delegó la negociación en el conde de Montesanto. Sólo pretendía que le dejaran ir con su equipaje a España. Todos dejaron al virrey, salvo unos pocos. Le arrestaron en su propio palacio, porque corrió la voz de que se retiraba a Sássari. El coronel catalán Clariana le acompañó con 80 hombres a embar-

¹⁴ Bacallar, *op. cit.*, Robres *op. cit.*, Giuseppe Galasso, *Napoli spagnola dopo Massaniello. Política, cultura, società*. Sansoni editore. Napoli, 2005, II, pp. 721 y ss.

carse, para evitar que el pueblo le perdiera el respeto, como había sucedido con el marqués de Villena en Nápoles. El marqués sucedió a su padre en el título de duque de Veragua en 1710 y fue uno de los principales consejeros de Felipe V durante los años siguientes.

Distinta fue la suerte del virrey de Sicilia, el cuarto marqués de los Balbases, Carlos Felipe Espínola, que había sido nombrado para el cargo en 1707. Se dijo que su predecesor, el marqués de Bedmar, había pedido el relevo ante la dificultad de defender la isla. Pero, a diferencia de sus colegas en otros virreinos, Balbases pudo mantener el territorio en la obediencia a Felipe V hasta el fin de la guerra, cuando la isla fue cedida en la paz de Utrecht al duque de Saboya (1713). El conde de Robres consideraba que después de la conquista de Nápoles hubiera sido fácil para los aliados la de Sicilia, dada su superioridad marítima, la existencia en la isla de partidarios de Carlos de Austria y la escasa posibilidad de defensa, pero que no se decidió esta opción. En 1707 la armada de los aliados se había presentado en las aguas de Sicilia por si tomaba cuerpo un movimiento de "algunos ciudadanos y otros hombres principales en la plebe", es decir, sin participación de la nobleza; según el marqués de San Felipe se trataba de "gente baxa y de ninguna autoridad". También se contaba con la posible participación de militares españoles, descontentos con las interferencias francesas. Los aliados volvieron después de la conquista de Cerdeña, pero de nuevo sin resultado. El virrey desarticuló la oposición con una serie de ejecuciones. Contaba con la efectiva colaboración como jefe militar de su propio yerno, don Francisco Pío de Moura, príncipe de San Gregorio. Sin embargo, no se consideró seguro en Palermo y estableció su residencia en Messina.¹⁵ Además el virrey, que era un aristócrata de origen genovés, con intereses en el Norte de Italia, supo compensar la falta de los recursos que no le llegaban desde España con un proceso de venalidad de cargos y honores, títulos de nobleza y plazas de la administración. Este proceso, de amplias repercusiones sociales, fue realizado con la colaboración de la propia nobleza de la isla y de los gobernantes de la corte.¹⁶

Podemos contrastar el triste destino de los últimos virreyes de Felipe V con los últimos de Carlos de Austria. Estos también perdieron su cargo en general con más pena que gloria, pero más por derrota militar que por pérdida de respaldo social de la población, que más bien deseaba una resistencia decidida.

Cuando se produjo la batalla de Almansa el virrey de Valencia era un aristócrata castellano austracista, el conde de la Corzana, al que ya hemos conocido como virrey de Cataluña en 1697. Ante la noticia de la derrota

¹⁵ Bacallar, pp. 127, 148 y 152.

¹⁶ Antonio Álvarez Osorio, "El fin de la Sicilia española", en *La pérdida de Europa*. Seminario de la Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2006 (en prensa).

preparó su retirada en secreto para evitar un tumulto popular. Avisó de la situación a los jueces de la Audiencia y otras autoridades para "que con cautela se ausentasen". Él mismo salió de la ciudad en secreto el 6 de mayo de 1707, muy de mañana, con muy poca comitiva, para no ser advertido. El gobernador marqués de Boil imitó este comportamiento; salió a pasear en coche para tranquilizar a la población, pero después de dar algunas vueltas por la ciudad tomó el camino de Tortosa. Uno y otro dejaron la ciudad de Valencia a su suerte ante el ejército vencedor.

En Aragón, el comandante general austracista, don Antonio de Portugal, conde de la Puebla, tuvo un comportamiento parecido al del conde de la Corzana. Tras avisar a los austracistas más conspicuos, salió de Zaragoza, "sin ser sentido", la noche del 24 de mayo de 1707. A los dirigentes del municipio les dijo que tenía orden de retirarse, que la ciudad no podía defenderse ante el avance del enemigo, y por consiguiente les aconsejaba que diesen la obediencia a los borbónicos. Su actuación militar y política había sido criticada incluso por un borbónico como el conde de Robres. Debía haber advertido a tiempo de la situación y no dar falsas esperanzas. En cambio manifestó que tenía orden de defender Zaragoza. Hizo difundir la noticia de que Almansa había sido una victoria. Un jefe que no tenía ningún interés en la conservación del reino.

El último virrey austracista de Aragón, nombrado por Carlos III durante la efímera reconquista del reino en 1710, era el duque de Híjar. Se trataba de un duque consorte, segundo marido de la duquesa titular. Era el aristócrata y militar napolitano Fernando Pignatelli, que se había mantenido en la obediencia de Felipe V hasta aquel año. Había ejercido el cargo de capitán general de Galicia de 1704 a 1707, en situación bastante complicada. Castellví comentó que aunque era de la familia Pignatelli, "el nombre del título que gozaba por su mujer, le hacía agradable y como compatriota de los aragoneses".¹⁷ Tras la definitiva conquista del reino por los borbónicos, el duque consorte de Híjar pasó a Barcelona, en 1713 se trasladó a Nápoles y de aquí a la corte imperial de Viena.

Más complicado fue el caso del último virrey de Cataluña, el mariscal austriaco conde Guido Ubaldo de Stahremberg (mayo-julio de 1713), que sucedía a la propia emperatriz Isabel Cristina de Brunswick. Su nombramiento había sido firmado por Carlos de Austria en septiembre de 1711. La principal preocupación de Stahremberg durante su mandato fue embarcar sus tropas sin ser víctima de la ira de los catalanes, que se veían abandonados a su suerte por los aliados. Procuró que la nobleza se inclinara por finalizar la resistencia y negoció para obtener alguna concesión política de los borbónicos, pero sus gestiones en este sentido no tuvieron resultado algu-

¹⁷ Castellví, III, p. 98. Virginia León, *Entre Austrias y Borbones. El Archiduque Carlos y la Monarquía de España (1700-1714)*. Editorial Sigilo. Madrid 1992, p. 187.

no. Hasta el 17 de junio no comunicó a las autoridades catalanas la orden de evacuación del Principado que había recibido en abril y que había mantenido oculta. El 25 les hizo saber que había firmado el convenio con los generales borbónicos y dos días más tarde abandonó la ciudad de Barcelona de forma subrepticia. Salió del palacio donde residía por la puerta del jardín y luego abandonó la ciudad en coche como si fuera a pasear. Se marchó sin hacer dejación de su cargo ni avisar a la Audiencia de su partida. Fue el primer virrey que dejaba el cargo sin despedirse de las autoridades del Principado, lo que Castellví presentaba *a posteriori* como un presagio de que iba a ser el último virrey de Cataluña. Permanció en el campamento de sus tropas en la desembocadura del Besòs hasta que embarcó el 9 de julio.¹⁸

El mismo día en que salió de Barcelona la emperatriz Isabel Cristina en marzo de 1713, se había embarcado para Mallorca su nuevo virrey, el catalán José Antonio de Rubí i Boixadors, marqués de Rubí, muy amigo de su anterior virrey, el conde de Savallà.¹⁹ Tomó posesión de su cargo el 25 marzo. Los historiadores comentan, como era habitual, que encontró el reino desguarnecido. Desde su virreinato, el marqués ayudó en la medida de sus posibilidades a la resistencia de Barcelona, mediante el envío de distintos convoyes de aprovisionamiento. El 24 de junio de 1713 había manifestado a las instituciones catalanas que "como patricio" no podía aconsejar la rendición de Cataluña porque sería eclipsar en un día la gloria de la nación.

Aquel mismo año Rubí rechazó una propuesta borbónica de rendición, alegando que no había recibido órdenes del emperador en este sentido. Pero ya en julio de 1714 el propio Carlos VI de Austria le ordenó que no expusiera el reino a los rigores de la guerra si no contaba con la ayuda de los británicos. De nuevo le fue intimada la rendición el 20 de febrero de 1715. Cuando llegaron los borbónicos en el verano de 1715 cumplió con sus obligaciones formales. Rechazó las condiciones propuestas por el teniente general caballero de Asfeld como indecorosas. El 21 de junio comunicó al Gran i General Consell de la isla de Mallorca su decisión de resistir. Pero tres días más tarde expuso ante un consejo de guerra las razones que hacían imposible la defensa: no había dinero, ni tropas ni víveres; y además los propios dirigentes mallorquines, "los sujetos de más representación", eran contrarios a la defensa y por tanto partidarios de la rendición. El 2 de julio firmó la capitulación y se embarcó hacia Cagliari, de donde pasó a Génova y luego a Viena. Llegó a esta ciudad el 11 de oc-

¹⁸ Castellví, III, pp. 543 y ss. "Hechos acaecidos en Cataluña en el tiempo que fue virrey el mariscal Stahremberg hasta la evacuación de las tropas".

¹⁹ Pere Molas, "La familia del marqués de Rubí, dels Àustria als Borbons", *Afers*, X (20), pp. 61-71.

tubre. El emperador premió sus servicios con el nombramiento de gentil-hombre de cámara.²⁰

Dos años más tarde el marqués de Rubí fue nombrado virrey de Cerdeña, en substitución del conde de la Atalaya. Desembarcó en Cagliari el 20 de mayo de 1717 y encontró, como ya era habitual, contingentes militares escasos. Disponía tan sólo de 800 soldados y no podía fiarse de las milicias del país. Con estas escasas fuerzas tenía que hacer frente a la amenaza de invasión borbónica. Una vez más se repite el esquema. Los sardos "deseaban la novedad" del cambio de dominio. El virrey pedía refuerzos y no los obtenía. Cuando aparecieron los primeros navios españoles, el 20 de agosto de 1717 no tenía montada ni una pieza de artillería. En pocos días todo el país abierto dio obediencia a los invasores.

Esta situación debía tener para el marqués de Rubí una triste sensación de dejá vu. Respondió a la intimación del borbónico marqués de Ledesma con la afirmación de que defendería la isla hasta la última gota de sangre. Pero la propia corte imperial le había ordenado salir de Cagliari si la ciudad era atacada, para poder mandar los refuerzos que se enviarían desde Nápoles. El marqués se retiró al castillo de la ciudad y en la noche del 17 de septiembre escapó, protegido por alguna tropa de a caballo, con gran silencio, dejando el equipaje y acompañado de importantes personajes de su partido. En la población de Siamana estuvo a punto de caer prisionero de una partida borbónica y llegó por los montes a Alguer. Después de una estancia en esta ciudad, la noche del 21 de octubre pasó a Castel Aragonés con una galeota y de allí a Córcega, abandonando el reino "al ver que todo estaba perdido", porque no lo podía defender. La guarnición de Alguer se rindió el 29 de octubre y Castel Aragonés el 30.²¹

Aún fue más fácil para los borbónicos la conquista de Sicilia en 1718. El marqués de Ledesma entró en Palermo y juró como virrey, "con universal aceptación", mientras el que lo era en nombre de Víctor Amadeo II de Saboya, el conde Maffei se retiraba a Messina "con precipitadas marchas". Gran parte de la nobleza siciliana fue a encontrar al marqués de Ledesma. Según Castellví "todo el reino tomó las armas a favor del rey Felipe". No tardó en producirse la invasión de las tropas austríacas, frente a las cuales los españoles combatieron duramente durante más de un año. El general austriaco conde de Mercy hubiera querido expulsar a los españoles antes de que estos se retirasen en virtud de una paz general. Por fin Ledesma recibió la orden de retirarse a fines de abril de 1720. Tras la firma de un acuerdo entre los dos generales, los diputados del reino salieron de Palermo para dar su obediencia al conde de Mercy, aunque el virrey nombrado por Carlos de

²⁰ Álvaro Santamaría, *Nueva Planta de gobierno en Mallorca. Enfitéusis urbana y Real Cabrevación*. Palma de Mallorca 1989, I, pp. 165 y ss.

²¹ Castellví, IV, pp. 604 y ss.

Austria era el napolitano duque de Monteleone (y duque de Terranova en Sicilia), que había llegado a Messina en octubre de 1719.²² En Cerdeña, el virrey don Gonzalo Chacón entregó el reino pacíficamente al comisario imperial príncipe Ottaiano, quien cinco días más tarde lo traspasó al representante del duque Víctor Amadeo de Saboya.²³

La historia de los últimos virreyes de Carlos VI fueron los desplazados en Nápoles y Sicilia por el triunfo borbónico en la guerra de Sucesión de Polonia (1734-1735). Felipe V hizo publicar una proclama en italiano en la que decía recoger los clamores de los napolitanos sobre la violencia, opresión y tiranía del gobierno alemán (el gobierno a derrocar siempre era tiránico). El virrey era el milanés conde Julio Visconti. La narración de su caída que hizo José de Camporraso, el continuador del marqués de San Felipe, sigue los caminos que ya conocemos. El propio virrey comprende la inutilidad de la resistencia. Como Velasco en Barcelona en 1705 y el marqués de Villena en la misma Nápoles en 1707, no consiguió que se concretara la prometida ayuda económica de la capital del reino. Esta eludió el compromiso porque estaba "contaminada ya a favor del infante", don Carlos de Borbón. Los napolitanos, como los sardos en 1707, siempre estaban deseosos de cambiar de dominio. Ante esta realidad todas las medidas del virrey fueron inútiles. El virrey dejó guarnecidos los castillos de la capital y se retiró a Bari en la región de Apulia, en espera de recibir refuerzos por el Adriático desde el puerto de Trieste. El 12 de abril dignatarios napolitanos hacían entrega al nuevo soberano en Aversa de las llaves de la capital del reino. El general español conde de Montemar entro en la ciudad al día siguiente y los distintos castillos se fueron rindiendo uno tras otro; la última capitulación tuvo lugar el 17 de mayo. Mientras tanto Visconti había recibido refuerzos, algunos de ellos enviados desde Sicilia por el virrey conde de Sástago, pero fue derrotado de manera clara en la batalla de Bitonto el 25 de mayo. El virrey se retiró a Pescara y desde esta ciudad marchó al puerto de Ancona, en los Estados Pontificios.²⁴ Con la proclamación de Carlos de Borbón como nuevo rey había terminado en la Historia de Nápoles no sólo la etapa de los virreyes austriacos (1707-1734), sino el virreinato en general. Distinta fue la situación del reino de Sicilia, que siguió gobernada en nombre de un rey ausente.

El mismo conde de Montemar, ascendido a la dignidad de duque, fue

²² Castellví, IV, p. 674. Bacallar, pp. 326-327.

²³ Antonio Mattone, "La cesione del Regno di Sardegna dal trattato di Utrecht alla presa di possesso sabauda (1713-1720)", *Rivista Storica Italiana*, CIV (1992), fascículo IV, pp. 5-87. Lluís Guàrdia Marín, "Un destino imprevisto para Cerdeña. De los Habsburgo a los Saboya", en *La pérdida de Europa*, citado.

²⁴ Conde de Fernán Núñez, *Vida de Carlos III*. Reedicción. Fundación Universitaria Española. Madrid 1988, pp. 28 y ss. Manuel Danvila y Collado, *Reinado de Carlos III*. Madrid 1891. Volumen I, capítulo IV. Conquista de Nápoles y Sicilia.

nombrado virrey para la conquista de Sicilia que se llevó a cabo con gran facilidad a partir de septiembre de 1734. La Diputación del reino, el Senado de Palermo y casi toda la nobleza de la ciudad se adherieron rápidamente a la nueva situación. También aquí se había producido una "revolución general en los ánimos a favor de los españoles" que hacía inviable la resistencia militar. El virrey austriaco era desde 1728 el conde de Sástago, don Cristóbal de Alagón y Córdoba, el mismo noble austracista nacido en Madrid que había sublevado Zaragoza contra Felipe V en 1706. Había ejercido el virreinato durante dos trienios, lo que según Francisco de Castellví le había permitido restablecer el patrimonio familiar seriamente comprometido.²⁵ Ante el imparable avance borbónico y la defección de las autoridades del reino, el conde de Sástago se retiró a Siracusa, en la costa oriental de la isla, y de allí pasó con su familia a la isla de Malta, después de haber exhortado a la guarnición de la ciudad a resistir a los invasores. Siracusa capituló ante los ejércitos españoles el 2 de junio de 1735. Un mes más tarde, el 3 de julio, el joven Carlos de Borbón era coronado en Palermo como rey de las Dos Sicilias, aunque la corte real quedó establecida en Nápoles, como en tiempos de Carlos I de Anjou en el siglo XIII. Durante su estancia en Sicilia había nombrado un virrey en Nápoles.²⁶

Todavía hubo un último virrey fallido de la Sicilia austriaca. Era nuestro antiguo conocido el marqués de Rubí, que puede calificarse tristemente como un virrey "memagrammo" (cenizo), tras haber perdido tres virreinos en menos de treinta años.²⁷ El 16 de agosto de 1734 el emperador le había ordenado pasar a Sicilia a ejercer los cargos de virrey y capitán general. Con su nombramiento cesaban los poderes extraordinarios en materia militar que se habían concedido al aristócrata checo príncipe de Lobkowitz y al general catalán Carreras, sin esperar las órdenes del conde de Sástago. A Rubí se le encargaba sin pérdida de tiempo la defensa de Messina y Trápani.²⁸ Pero ni siquiera pudo llegar a la isla, que ya estaba ocupada por los españoles. Murió como gobernador de Amberes a fines de 1740, seis años antes de que esta ciudad fuera conquistada, siquiera efímeramente, por los ejércitos franceses de Luis XV durante la guerra de Sucesión austriaca.

La misma facilidad del cambio de dominio se registró en los avatares del ducado de Milán en los años treinta y cuarenta del siglo XVIII. Así lo recoge la historiografía. En 1733 el gobernador general del ducado de Milán era el austriaco conde Daun, el mismo que había conquistado Nápoles en

²⁵ Castellví, II, p. 132. Se refería a los "grandes atrasos de la casa de Alagón".

²⁶ Bacallar, p. 545.

²⁷ Véase el comentario de Manuel Reyes García Hurtado en su edición de las *Máximas para la guerra* del marqués de la Mina. Ministerio de Defensa. Madrid 2006, p. 191, nota 14. "Como para creer en la fortuna".

²⁸ Agustí Alcoberro, *L'exili austracista (1713-1747)*. Fundació Raimon Noguera. Barcelona.

1707 y posteriormente había ejercido el virreinato. Ante la imposibilidad de llevar a cabo una resistencia efectiva el gobernador se limitó a reforzar las guarniciones y se retiró a Mantua. Doce años más tarde, en 1745, el gobernador Gianluca Pallavicini realizaba el mismo y precipitado viaje. En ambos casos dejaba establecida una junta de gobierno, compuesta de nobles milaneses que negociaron el cambio de soberanía.²⁹

En 1734 con el establecimiento de Carlos de Borbón, dejó de haber virreyes en Nápoles, pero siguió habiéndolos en Sicilia. Los reyes de Nápoles nombraron como virreyes de Sicilia a nobles napolitanos o sicilianos. La situación duró hasta principios del siglo XIX. Con la invasión de los ejércitos franceses de la República y del Imperio, la dinastía borbónica se refugió en Sicilia (primero en 1799 y luego en 1806), mientras los Saboya hacían lo propio en su reino insular de Cerdeña. Tras la caída del sistema napoleónico las dos dinastías volvieron a sus capitales en la península italiana. Fernando IV de Nápoles adoptó entonces el título de Fernando I de las Dos Sicilias. Desde el punto de vista formal Nápoles y Sicilia dejaron de ser dos reinos distintos. Sin embargo la realidad insular se imponía y en vez de un virrey se nombró un lugarteniente general. La situación continuó hasta la expedición de Garibaldi y el fin del reino en 1860. En cuanto a Cerdeña, los reyes de la casa de Saboya nombraron virreyes hasta la unificación administrativa, la llamada *Perfetta Unione*, que tuvo lugar en vísperas de la revolución de 1848.³⁰

²⁹ Carlo Capra, "Il Settecento", en *Il Ducato di Milano da 1535 a 1796*. Torino 1984, pp. 243 y 276.

³⁰ Rosanna Poddine Rattu, *Biografia dei viceré sabaudi del Regno di Sardegna (1720-1848)*. Edizione della Torre. Cagliari 2005.